

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO  
CONCERTADO

Año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros  
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

Núm. 96



## LA CIGARRERA

Voy á contaros, queridos lectores, de EL AMIGO DEL POBRE lo que hace aún pocos días me refirió una buena mujer del pueblo, para ejemplo de muchos pudientes y para más gloria de un gremio, modelo de laboriosidad, sin rival en sus desprendimientos caritativos.

—Es la suerte de las familias obreras, señor; vive el jefe, el padre de familia y en tanto gana el jornalito diario se va tirando mejor ó peor, pero falta él y entonces la casa del pobre trabajador, que gracias si pudo ganar lo necesario para el día, empieza á desquiciarse; si la madre puede, lo ganará donde encuentre, si encuentra, más escaso porque ya sabe V. que los jornales nuestros no son tan subidos como los de los hombres; los hijos vivirán ya abandonados á sus instintos ó encomendados en manos mercenarias, mal arreglo igual; si la madre no puede ganarlo por falta de salud ó por otras causas, entonces ¡ah, señor! entonces la caridad se encargará de arreglar este conflicto tan pavoroso como frecuente.

Esto me ocurrió á mi con mis hijitos de mi alma.

¡Lo que yo lloré oyéndoles á ellos pedirme de comer y no tener que darles!

No hay dolor comparable á este dolor.

Usted es padre de tres niños también y lo comprenderá. Dios le libre de una situación como la mía. Es preferible sufrir una todos los tormentos de la vida á ver padecer á los seres más queridos de nuestro corazón, ¿verdad? Pues bien, prosigo. Yo no sabía qué camino tomar; acudí á la caridad pública y ésta no satisfacía mis necesidades; quien daba hoy, ¡hay tantos á quien dar!, cansaba mañana; otros me regateaban lo poco que me daban, como si con veinticinco céntimos diarios pudieran alimentarse cuatro bocas. Mis tres hijitos y yo.

En tal situación vino á verme una buena mujer, jóven todavía, y me dijo que habiendo sabido mi pobreza por una vecina, contó el caso á una señora muy caritativa la que desde luego le encomendó de su cuenta entregarme por tiempo ilimitado todos los meses nueve duros. Por mi parte, continuó este mensajero de mi ventura, dándome diez duros, tenga cinco pesetas; más le daría

si más tuviera, pero soy una obrera y ya V. vé. Con frecuencia vendré á visitarla y á traerle lo que pueda.

Las demostraciones de agradecimiento que yo hice á aquella portadora de tanto dinero, y las bendiciones que pedí al Cielo para mi otra desconocida protectora ¿á qué decírselas á V. si no dejará de imaginárselas?

Gracias á estas dos santas mujeres, yo viví con mis hijitos bastante bien por mucho tiempo. La obrera, después supe que trabajaba en la fábrica de tabacos, me visitaba muchos días y rara era la vez que no traía algo para mí ó para mis pequeños. Con rigurosa puntualidad me entregaba además todos los primeros de mes los nueve duros que yo besaba profundamente emocionada.

Hizo más aquella jóven admirable. Yo estuve enferma en cama cerca de dos semanas y ella me asistió como una hermana y cuidó de mis hijos. Me restablecí, quedando como al principio, delicada de salud, pero al fin lo suficientemente bien para seguir al cuidado de la casa. No así mi amiga bienhechora que de día en día yo la veía desmejorarse.

—Tengo miedo, la dije, que V. se ponga enferma.

—No se apure por mí, mi situación no es tan precaria como la suya.

—Y esa señora tan bondadosa conmigo ¿porqué no me lleva V. á conocerla, á besar el suelo que ella pise, á demostrarle mi agradecimiento?

—No le gusta darse á conocer. Se goza en practicar la caridad como manda el Evangelio.

—Bendita sea ella y V.

—Gracias, mi buena amiga, me contestó con su amabilidad acostumbrada, Le advierto á V. que nunca la ví disgustada. Pero en este mundo no hay dicha que mucho dure!

Habían pasado dos años á lo más cuando las visitas de mi bienhechora cesaron de repente. ¿Qué tendrá? preguntábame yo inquieta. Llegó el día primero de mes y otra desconocida vino de parte de la cigarrera á traerme los nueve duros y á decirme que la que acostumbraba á hacerlo estaba enferma en cama hacía varios días.

—¿Dónde vive? dígame V. dónde vive para ir yo á cuidarla.

—Me encargó mucho que no se lo dijese á V. porque después, por atenderla á ella, iba V. á descuidar sus chiquiti-

nes. Además que no pase V. pena por ella; está bien atendida, pero... no sé si salvará.

—¡Dios mio, Dios mio, salva á quien me salvó! Marchó la portadora de la mensualidad y yo no descansé hasta que pude averiguar quién era y dónde vivía, pero ¿cuándo lo supe? cuando ya no podía ni verla, ni hablarla. ¡Había muerto, señor! Había muerto sin yo poder siquiera estrechar el cadáver de la que después de mis hijos quise más en este mundo. Hoy la adoro como á una santa porque verá V. lo que supe en la misma casa donde ella habitaba.

Supe que de dos años á esta parte, es decir, desde que empezó á socorrerme, trabajaba demasiado por ganar más; supe que algunos ahorritos que tenía los fué concluyendo hasta el extremo de no quedarle á su muerte ni lo necesario para un entierro de tercera. Gracias á sus compañeras de taller se le hizo entierro de 2.<sup>a</sup>. Efecto de tanto trabajo en una naturaleza delicada como la suya y de no tener, cuando el mal avanzaba, los recursos necesarios para combatirlo, cayó para no levantarse más. Cuando sus amigas supieron el caso era ya tarde.

Señor, ¿á que sospecha V. lo mismo que yo sospeché enseguida que oí todas estas cosas?

Aquella alma de Dios, aquella buena cigarrera era la misma señora caritativa que me favorecía con los nueve duros al mes. ¡Se privaba de ellos por dárme los á mí! Consintió morir careciendo de lo más indispensable á su salud por que ni á mis hijitos ni á mi nos faltara el pan de cada día. ¡Ah!, si yo lo hubiese sabido ¿cómo iba á consentir tal sacrificio?... ¡Qué santa, señor, qué santa!

.....  
Cuando terminó su relación la buena mujer, ella y yo estábamos llorando.

Hoy, prosiguió, mis hijos ganan para mí y como además están educados cristianamente, todos los días, sin dejar uno, me acompañan en el rezo por el alma de la que á costa de su vida nos salvó de aquella triste situación que acabo de referirle».

Dije al principio, queridos lectores de EL AMIGO DEL POBRE, que iba á contar el caso para más gloria de un gremio industrial modelo de laboriosidad, sin rival en sus desprendimientos caritativos.

El caso referido seguramente que si

les conmueve no les extraña á las cigarreras por que si ellas, prescindiendo de su modestia, fuesen á contar hechos caritativos no acabarían nunca.

Jamás se acudió para fines benéficos á ese gremio de servicios brillantes que no haya respondido mejor de lo que se esperaba.

Pero no es sólo en estas ocasiones donde se manifiesta el bondadoso corazón de la cigarrera, nó. Quien tiene motivos para saberlo me informa de que son muy cerca de 300 pesetas las que se recaudan todos los meses en la fábrica de tabacos, pongamos la de Gijón por ejemplo, para atender á muchas de las necesidades de que no se ve libre la familia obrera.

¡Cuántos hogares existen, de numerosa prole, donde estas honradas y beneméritas obreras son el único recurso de subsistencia.

¡Y cuántos otros fueron salvados por ellas de espantosas crisis de trabajo!

Creedme, cigarreras, sois tan nobles de corazón, tan serviciales en el bien, poseéis una nota tan simpática, que yo me congratulo en contar cigarreras en mi familia y siento no poseer las facultades necesarias para pregonar como quisiera vuestras bondades.

Y vosotros, los que en ellas tenéis algún ascendiente, ya sea por el cariño ó bien por el jornal que les proporcionais para su sustento... y el de muchos, no olvidéis estas bellísimas cualidades morales de la cigarrera; tratadla siempre con la consideración y caridad que ella también prodiga; no la escatiméis lo justo en sus salarios, sed espléndidos cuanto podáis, para quien, como acabais de ver, sabe desprenderse hasta de lo necesario en bien de su prójimo, en todo tiempo y lugar.

J. O. F.

## Del matrimonio

### III

#### Deberes recíprocos de los casados. —Deberes especiales de la mujer

Poco es menester evitar que los esposos cristianos, alentados por aquella tolerancia de que la religión hace un precepto, pongan á pruebas demasiado árduas su valor y su paciencia recíprocos: sería una conducta horrible abusar así de los beneficios de la religión y convertir contra sí mismos los auxilios que ofrece á los hombres. Harto numerosos son los matrimonios en que los esposos no tienen otro móvil de sus acciones que el más ruín egoísmo, y considerarían como un hurto hecho á su propia felicidad el menor esfuerzo para aumentar la de su consorte. Antes de determinarse á verle agradable, cuidan de examinar si el sacrificio no será demasiado grande para ellos, si todos sus pequeños intereses, todas sus mezquinas conveniencias quedarán bien á cubierto; en una palabra, no serán amables, sinó en cuanto no les cueste nada el serlo.

No se les diga que la vida de los casados es una vida de sacrificios y de abnegación continua, que en el matrimonio se cesa de vivir para sí, y que ya no se debe uno ocupar más que en el ser á quien ha consagrado su existencia: no se les diga esto, porque ellos no ven en su consorte sinó un instrumento más para contribuir á su satisfacción, un ser, en una palabra, cuyo oficio es puramente pasivo, y con respecto al cual no tienen ni deberes, ni obligaciones. Si acontece, por casualidad, que ese consorte manifiesta, no digo su voluntad sinó siquiera un simple deseo, el otro, á quien la bondad ó la debilidad ha dejado tomarse un imperio despótico, se rebelará contra supuestas exigencias y una tiranía quimérica é ideal, porque, en efecto, ¿por qué razón viene ese imperpetuo á turbar su tranquila indolencia ó á descomponer sus disposiciones? Es preciso que se decida á no ser feliz y á no tener voluntad, sinó cuando la dicha ó la voluntad de su consorte no estén comprometidas.

Tal es el lenguaje en que se expresan, tal es la conducta que observan con mucha frecuencia casados ridículos é insensatos. ¡Como si la felicidad que se proporciona á otro no debiera duplicar la que se experimente! ¡Como si los sacrificios dictados por el amor y la religión no debieran colmar los votos de la naturaleza y satisfacer todas las exigencias de la razón! ¡Y hemos de admirarnos, después de tantas locuras, de que todos los días se vean en los tribunales demandas de separación, y de que nuestros legisladores no hayan discurrido mejor remedio á las desgracias que abruma á los esposos, que la vergonzosa é inmoral ley del divorcio?

## Ventajas de hablar claro

Entró un Coronel en la plaza de un cuartel: ésta estaba limpia como una taza de plata, por lo cual pasó el Coronel por ella sin fijarse en dónde pisaba, entretenido en hacer un cigarro. Cuando más descuidaba, notó que pisaba algo blando; en efecto, había pisado un charquito de agua cuya extensión no era la de medio naipe; no obstante vió el Coronel que se había mojado la punta del zapato. Levantó la cabeza y observó que el tal charquito correspondía con una ventana: movió la cabeza en sentido incomodado, frunció el ceño y después de mirar detenidamente la punta de su deslustrado calzado, continuó andando con paso más acelerado.

Al poco rato topó con el Comandante á quien después de saludarle le dijo señalando con el dedo índice la punta de su zapato: Sr. Comandante. ¿ve V la punta de mi zapato? pues no me he ensuciado en la calle, sino en la plaza del cuartel, debajo de una ventana; V. no puede desconocer que el agua sucia es un hervidero de microbios.

Marchóse el Coronel sin añadir palabra; el Comandante quedó hecho una furia; llama al Capitán.

*Comandante.*—Sr. Capitán, estoy un poco incomodado con V. y crea V. que me choca lo... distraído que anda usted; usted me dispensará que le hable así, por que acaba de venir el Coronel, el hombre más melindroso que se ha visto, y si se fija en la plaza... no se qué dirá, porque acabo de asomarme por una ventana y he visto que está la plaza muy sucia; hay aguas estancadas y no digo nada de los microbios que hervirán allí.

El Capitán llamó al Teniente.

*Capitán.*—Sr. Teniente, ¡por Dios! ¡hombre! no se pierda V. y nos perdamos los dos ¿no ve V. cómo está la plaza del cuartel? si eso es un lodazal, un foco de infección, un criadero de microbios; y si lo ve el Coronel que creo que ha venido...

El Teniente llamó al Sargento.

*Teniente.*—Ven aquí pedazo de... ¿para qué quieres los galones? para comer más y trabajar menos? ¿cuántas veces he de decirte las cosas? ¿no ves hombre, que me estas comprometiendo? ¿no te he dicho un millón de veces que no quiero ver en la plaza ni una gota de agua estancada? ¿no ves que se llena el cuartel de microbios y los microbios son los que están causando la muerte de los soldados? y nada, viene el Coronel y si no me apercibo...! anda pedazo de... que no tenga que volver á repetírte el aviso. Repito que el agua estancada cría microbios y los microbios causan las epidemias.

*Sargento.* (á solas) Pero en resumidas cuentas ¿qué quiere ese señor que haga yo? min... minicrobios pa riba y min... minicrobios pa bajo: pero ¿qué será eso? ¡Eh! ¡Cabo! ma llamao el teniente y ha echao sobre mi una tormenta; ma gritao fuerte; pero yo no sé qué ma querido decir.

Ya ma dicho muchas veces que en la plaza del cuartel hay minicrobios ¿tú sabes qué es eso?

*Cabo.*—¿Yo? quiá; pero la palabrica me suena á cosa encorbaá, pué que sean las randijas cay entre las piedras.—Hombre, me pa mí qué será eso... ¡Miste qué cosa! pa icir á un cristiano que encale el suelo tanto grito y endispués en francés pa que no lo entienda; como él sabe hablar en franchute piensa que también sabemos los vecinos de enfrente.

Pero, oye, creo que los minicrobios no son las randijas, porque macuerdo que me dijo que los tiran los soldaos por las ventanas.—¡Ah! pues entonces himos acabao: espera, se acabarán los min... los min... los fuchili, fuchili...—¡Hombre se llaman minicrobios!... ¿Cómo?... min cor bi os..... equilicúa.

*Cabo.*—A venir aquí todos los soldaos sin que falte ni medio... Os illamau por que os tengo que icir una cosa; pero os prevengo, soburros, que estiréis las orejas pa escuchar bien. Cuidadito con que nadie me tire por la ventana de la plaza denguna cosa; denguna repito; sobre todo, desgraciau del que tire un minicrobio porque como lo vea yo por la plaza,

al que lo haiga tirau lo afusilo y endispues me enreo á morrás con el muerto.

No dice la historia lo que sucedió despues; pero ¿cuántos amos se quejan de tener unos criados que todo lo hacen al revés de cómo debieran y la causa si bien se mira; no es otra que el no decir las cosas como se deben decir, atendiendo más á desahogar los ímpetus de la irascible que á hacerse entender de sus subordinados, acomodándose á su rudeza y cortedad.—P.

## Aparato sencillo

PARA  
anunciar los fenómenos sísmicos

En el «New York Herald» publicó el Instituto Newark la descripción de un sencillísimo aparato para anunciar los terremotos, basado en el hecho ya sabido de que al ocurrir perturbaciones magnéticas los imanes pierden su propiedad característica de atraer los objetos de hierro.

Hace ya muchos años que efectuó una aplicación de dicho principio cierto inventor japonés. Este tenía suspendido sobre la puerta de entrada de su casa un imán de gran tamaño al que estaban adheridos varios pedazos de hierro. Tan pronto como ocurría una perturbación magnética el imán perdía su poder y los trozos de hierro caían sobre una bandeja de bronce produciendo el consiguiente ruido. Dada la voz de alarma los habitantes del pueblo en que residía el ingenioso inventor se ponían en fuga refugiándose en campo abierto y evitando así el perecer aplastados por los edificios.

El aparato ha sido estudiado detenidamente por el Instituto Newark advirtiéndose que sus indicaciones son siempre exactísimas. El tiempo transcurrido entre la caída de los pedazos de hierro sujetos por el imán y la presentación del temblor de tierra suele variar entre 1 y 15 minutos dependiendo el intervalo de la profundidad y fuerza del centro de perturbación respecto de la corteza terrestre.

## CATEQUESIS

—¿Cuál es la señal del cristiano?

—La santa cruz.

—¿Por qué?

—Por que representa la cruz en que Nuestro Señor Jesucristo murió por salvarnos.

APARICIÓN DE LA SANTA CRUZ.—La cruz es la cátedra de la bondad divina. ¿Qué ciencia tan alta nos enseña! Es el libro de la sabiduría donde hasta el más ignorante puede ver el amor infinito de Jesucristo, la enormidad del pecado mortal, el rigor del infierno, cuánto vale el alma y cuán grande será la dicha de los elegidos.

Para que no olvidemos esas enseñanzas, Dios hace resplandecer la santa cruz con grandes milagros.

El 17 de Diciembre de 1826, tuvo lugar en Migné, un acontecimiento extraordinario. Al terminarse una misión apostólica, se dejó ver en un cielo puro y azul una cruz luminosa de enormes di-

mensiones. Así permaneció por lo menos cuarenta minutos, con sus contornos bien delineados, su color vivo y persistente, y con su tranquilo esplendor, á la vista de dos mil quinientas á tres mil personas que presenciaron el hecho. La información mandada formalizar por la autoridad principió en el mismo mes del suceso, cuando los numerosos testigos declaraban con claridad y precisión hasta los más pequeños detalles.»

TRIUNFO DE LA CRUZ.—Dios reina por su cruz; la cruz es su cetro real. En la cruz Nuestro Señor Jesucristo fué declarado Rey.

La cruz brilla en lo alto de los templos cristianos para anunciar la Casa de Dios; domina hasta en la cúspide de los montes, para que los hombres aprendan á respetarla en todas partes, se levanta en las encrucijadas de los caminos, para que el viajero piense en encomendarse á Dios; está colgada del cuello de la mujer, para recordarle que debe observar la modestia; se halla en nuestras casas y en medio de nuestros campos, á fin de preservarlos de todo accidente; está colocada sobre la tumba de los muertos, como emblema de resurrección, y aparece diáfana y radiante en los cielos como señal de triunfo.

Entre las muchas apariciones que nos refiere la historia eclesiástica, una de las más notables es la que ocurrió en tiempo de Constantino. Disponíase el Emperador á librar una gran batalla con Majencio, y como rogara fervorosamente al Señor que le protegiese, consiguió ser oído. Á la hora de mediodía, cuando marchaba á la cabeza de sus tropas con tiempo tranquilo y sereno atisbó en el cielo una cruz brillante, en cuyo centro estaban trazadas con caracteres de luz estas palabras: «Con este signo vencerás.» Todas las legiones vieron este prodigio; pero nadie quedó tan admirado como el Emperador; que siendo pagano se convirtió al cristianismo. A la noche siguiente se le apareció Nuestro Señor Jesucristo con la misma señal y le mandó que llevara un estandarte con la imagen de ella en los combates. Alentado el Emperador con este milagro, mandó hacer el estandarte y lo confió á cincuenta hombres de los más piadosos y valientes de sus guardias, para llevarlo uno después de otro en la batalla. Constantino obtuvo así la victoria y el imperio.—*Postel.*

## NOTICIAS Y COMENTARIOS

**Ignorancia del clero.**—Entre los seis premios concedidos por la *Sociedad arqueológica del Mediodía* para recompensar las obras mejores del concurso de 1908, figuran tres otorgados á otros tantos sacerdotes de la diócesis de Tolouse.

Otro hecho hay en nuestros días y que acaba de demostrar la ignorancia del clero como su inutilidad para el bien social; se trata nada menos de la invención de un barco insumergible, debida al sacerdote M. Le Franc. Este humilde sacerdote, vicario de Ploermel, en el Morbihan, presentó su invento en la Exposición de Salva-

mento marítimo de Nantes. El barco lleva el nombre místico de «Estrella del Mar» en honor de la Reina del cielo. Las pruebas realizadas por este insumergible en presencia de una comisión especial formada de marinos y mecánicos especialistas en este linaje de estudios, han sido por todo extremo concluyentes y satisfactorias. El «Estrella del Mar» debe su insumergibilidad á un ingenioso sistema de compartimientos estancos, en cuyo estudio ha empleado el sacerdote Le Franc muchos años de su vida; y es lo más notable de la nueva disposición de estos compartimientos el poderse aplicar á cualquiera embarcación con un gasto que no excede de 100 francos.

Las pruebas del insumergible Le Franc han sido el acontecimiento más sonado en la «Gran Semana Marítima» celebrada días pasados en Nantes. El pueblo no influido por las brutalidades del jacobinismo que se ha apoderado de la República francesa, aclamó al humilde sacerdote, que además de sabio profundo, es un varón adornado de grandes virtudes, un modelo de Ministros del Señor.

**Ley saludable.**—En Nueva York se ha promulgado la siguiente ley: «Todo el que venda un novela á un joven menor de 16 años, sin permiso de sus padres ó tutores, será castigado con la cárcel ó con una multa que podrá llegar á 250 pesetas». Si en España nos parásemos en tales *minuciosidades* ¿cuánto dinero recaudaría el Estado!

**Verdades Socialistas.**—Se ha terminado en Bilbao la revisión del censo socialista en el último escrutinio verificado para las elecciones de vocales del Instituto de Reformas Sociales. Y resulta que de 6.354 votos, eran falsos nada más que ¡la mitad y picot!: 3.794 emitidos por menores de edad, muertos y extranjeros, etc... En consecuencia será declarada nula la elección del vocal socialista Achucarro y quedará probado que socialistas y republicanos y liberales, todos los anticlericales, son los mismos perros con distintos collares.

**Anticlerical al uso.**—El Sr. Villanueva tronó hace días en las Cortes contra la enseñanza de los frailes diciendo de ella que es muy deficiente.

A este propósito le responde «Hojas sueltas» lo que sigue; tomen nota los que aun creen en la sinceridad anticlerical:

«Si los frailes son tan malos, como su señoría dice, él, el Sr. Villanueva, no es un buen padre. Y si los frailes, no son como su señoría dice, el señor Villanueva, calumnia.

»Porque el Sr. Villanueva educó sus dos hijos en un colegio de frailes, donde los tuvo varios años.

»Más aún, enfermo uno de ellos con enfermedad contagiosa, suplicó por Dios y por todos los santos á los religiosos que no le obligasen á sacar del colegio á su hijo porque, desde que muriera la madre de sus hijos, él no los confiaba sino á los religiosos.

»Esto y otras cosas, de que tenemos pruebas, demuestran que no es el Sr. Villanueva el más abonado para hablar contra los frailes.

»Y ponen claro, que en la política española rige y gobierna ó una falta de seriedad estúpida ó una más estúpida falta de amor á la verdad.»

## A LA BANDERA ESPAÑOLA

Bandera que en tus colores  
muestras con oro y con grana  
la riqueza soberana  
de pasados esplendores;  
para tí son los fervores  
que el corazón atesora:  
abatida ó vencedora  
brilla tu inmensa grandeza  
con la límpida pureza  
de la madre que se adora.  
A tí vuela el pensamiento  
cuando el ánimo flaquea.  
del soldado que pelea  
lleno de noble ardimiento.  
Tú le dás el sentimiento  
de honor, que nada avasalla  
y tras de tí en la batalla  
lánzase al combate rudo  
con el pecho por escudo  
y la frente por muralla.  
Bandera que al viento ondeas;  
símbolo de la hidalguía  
y del deber norte y guía.  
¡Bandera, bendita seas!  
Cuando en peligro te veas  
tus hijos sabrán guardarte.  
Siempre habrá para salvarte,  
fleles hasta hallar la muerte,  
brazos para defenderte  
y alientos para aclamarte

A. A. Armendariz

## Sección Recreativa

### Un buen carretero

El Cardenal Guibert, luego Arzobispo de París, hablaba un día con Thiers, Presidente de la República.

—Estoy convencido—decía Thiers—de que el carro del Estado, para marchar con seguridad, debe descansar sobre cuatro ruedas muy firmes: un buen ejército, una buena magistratura, una buena administración y un buen clero.

—Es verdad—contestó el Cardenal,—pero no basta; es preciso que ese carro lo guíe un buen carretero.

Sería curioso oír lo que dirían hoy Mons. Guibert y M. Thiers si levantasen la cabeza y viesen la propaganda que se viene haciendo en el Ejército, puesta en práctica la ley de separación de la Iglesia y el Estado, expulsados de Francia miles de religiosos, confiscados y arrebatados al clero sus bienes y á Clemenceau dirigiendo el carro de la República.

### Verdades de sabio

El sabio y astrónomo Punk iba de excursión; al hallarse á mitad del camino decidió entrar en una posada para descansar un rato y así lo hizo; después de descansar iba á marcharse y el hostelero le dijo:

—Señor, no se marche V. porque vamos á tener lluvia dentro de poco.

—Os equivocáis, repuso el sabio; yo os aseguro que no lloverá; y se marchó.

Al cabo de un rato empezó á llover á cántaros; empapado y chorreando regresó el sabio Punk por no poder continuar su camino y sumamente corrido dijo al hostelero.

—Hombre, hombre, habéis tenido razón, y cómo lo sabíais?

—Pues muy sencillo, señor: aquí tengo un calendario del sabio Punk que siempre sale al revés de lo que afirma y hoy señalaba buen tiempo!..

### ¡Vuelve por otra!

Entró un sacerdote en un vagón del tren.

Uno de los viajeros escapó al extremo opuesto, tapándose las narices, y haciendo demostraciones de mucho asco.

Los demás le contemplaban, dudando de su cabeza.

Al cabo exclamó mirando al sacerdote:

—¡Qué olor á cuervo, qué peste!

—Como que los cuervos andan siempre alrededor de la carne podrida—, contestó el sacerdote sin inmutarse y mirando á su desafiador.

La pita que se llevó éste no es para dicha.

### Fases del matrimonio

El que se casa por amor, tiene mujer; el que por comodidad, esposa, y el que lo hace por conveniencia ó interés, señora. La mujer quiere al marido, la esposa lo respeta, y la señora lo tolera. Enfermo, la mujer le asiste, la esposa lo visita, la señora se informa de su salud.—Para uno mismo hay la mujer, para los amigos la esposa; para la sociedad, la señora.

A pié se sale á pasear con la mujer, en carruaje con la esposa, y se va á los teatros, á los bailes y á los lugares veraniegos de moda con la señora.—La mujer comparte nuestras penas, la esposa nuestros capitales, y cuando al fin se llega al término de la vida, la mujer llora, la esposa nos acusa y la señora viste de gran luto.

## EL AHORRO

El ahorro es una de las manifestaciones de cultura y progreso de los pueblos.

El ahorro, según el sentir de todos los economistas y pensadores, es un deber y una virtud, en el hombre; en la naturaleza es una ley impuesta por Dios y practicada por todos los seres en la medida necesaria, para su vida, para su reproducción y para su regalo. Así las plantas, los minerales, los insectos, las bestias y algunos hombres.

Todos los frutos son economías y también todos los capitales.

En los insectos, la hormiga y la abeja han sido puestos á la vista del hombre por el Criador como una página siempre abierta para que se salve de la miseria. En aquella vemos que el trabajo continuado y libre es la única fuente de riqueza, y el ahorro, basado en la supresión de lo supérfluo é innecesario (tabaco, bebidas, juego, lujo, etc.) es la única fuente de capital.

El trabajo sirve al hombre para sostener su existencia física y alcanzar su perfeccionamiento moral.

El trabajo, acompañado de la economía, la templanza y la caridad—ha dicho San Agustín—conduce al bien estar, á la libertad y á la dicha. En estas condiciones es una plegaria, un culto.

La ley común de la humanidad no es, no ha sido ni será la igualdad económica, no. La ley común, que dignifica y eleva al hombre, es el trabajo.

El trabajo y el ahorro son las dos ver-

dades económicas que sirven de fundamento al organismo social.

He ahí el origen de la superioridad de los pueblos anglo-sajones y del progreso material de Francia.

Pelletan dijo que el trabajo es el gigante que se une á la virgen privación para engendrar el capital.

Esos son los padres de los 5.211 millones de pesetas de los trabajadores franceses, que han hecho de esta nación la más rica del mundo; de los 17.300 millones de Alemania, considerada un tiempo como los arenales del marqués de Brandemburgo; de los 4.900 millones de Inglaterra que han colocado al obrero al nivel de la envidiada burguesía en alimentación y vestido, etc.

Forzado el obrero por modos diversos á economizar en su juventud con el fin de no carecer de lo necesario en la edad proveya, no sienta el principio de que el hombre no tiene derecho al hambre, como no lo tiene al suicidio, ni á la embriaguez ni á ningún vicio que disminuya su salud, su fuerza y su generación.

Miguel Nistal

## BIBLIOGRAFIA

La «Biblioteca Patria» nos ha remitido el tomo 54 de sus publicaciones. Se titula «El Becerro de Oro» novela premiada, original de doña Micaela Peñaranda y Lima.—Precio una peseta.

En esto de recomendar novelas toda precaución es poca. Sabemos que el pueblo es dado á ellas más de lo conveniente y conceptuamos desde luego hasta criminal, no solo abusar de estas predilecciones sirviéndole novelas de mal género, sino recomendarlas también. Varias veces aquí hemos hablado de la pernicioso influencia de ciertas novelas. Por esto, todo libro, con este carácter de narración sugestiva que se nos remita no queremos ni debemos recomendarlo, ni siquiera anunciarlo sin antes leerlo detenidamente.

«El Becerro de Oro» es desde luego de buen género é interesante, de provechosísimas enseñanzas para los ambiciosos de riquezas, para los que en éstas cifran su mayor felicidad, por lo cual no vacilamos en anunciar y recomendar el libro á la vez que agradecemos su envío.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. C. P. de Quintana.—Pagó hasta fin de Enero de 1910.

Sr. D. L. M.—Manlleu.—Pagó hasta fin de Agosto 1909.

Le escribimos el 10 del corriente.

Sres. D. M. T. Forcinas.—D. M. P.—La Corrada.—D. S. C.—Riberas y E. de Soto.—Pagaron 1909.

## EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Gijón.—Imp. «Popular», Riera y González